

## INTRODUCCIÓN

Ya les tocará a otros juzgar a Emilio Sagi, y a su trabajo: tanto a los que le contemplan desde bastidores o cálidas salas de ensayo como a quienes miran su trabajo, cada noche, desde el patio de butacas. Este no es el relato, si se quiere, periodístico de la vida de un personaje relevante en su ciudad natal, Oviedo; en su contexto artístico, la dirección de escena de ópera y zarzuela; o en el propio mundo que nos ha tocado vivir a los que en algún momento sentimos el veneno del teatro y de la música.

No: esto no es más (ni menos) que una colección de conversaciones al albur de una ijada de merluza fresca, de un trago de tequila reposado o del ronroneo del correo electrónico entre puntos distantes del planeta. Es una tarea de recopilación y fijado del trabajo artístico de tres décadas largas y de una vida que abarca otras muchas. Es la puesta en página, negro sobre blanco, de aquello que se contempla desde el delicioso fragor de un proceso de ensayos.

No: es ese tiempo perdido, sin relojes, regalado a lo que quiera que nos mueve a ponernos ante un escenario y que desemboca en algo tan tangible y mortal como es una función de ópera o zarzuela. Eso que no se sabe muy bien dónde nace —prohibida la entrada a propios y extraños— y que, en el mejor de los casos, vivirá en la abundante documentación de un asistente de dirección de escena o en el pálido reflejo que supone una grabación. Nos confronta con la muerte, en la medida en la que los grandes se retiran, desaparecen o simplemente las escenografías y vestuarios envejecen con los cantantes que algún día los habitaron.

A alguien le resultará importante saber algún día de dónde surgió todo aquello a lo que ha decidido consagrar su vida

y, por tanto, su carrera artística; pero también lo será para quien paga una butaca y se esfuerza por ocuparla con la mente abierta y dispuesta a entender lo que sucede ante sus ojos y oídos.

Vivimos un momento en que los pioneros, los que abrieron un surco en la puesta en escena de ópera, comienzan a dejar paso a una segunda o tercera generación de directores ultraespecializados, formados en el medio y ajenos, ya, al complicadísimo proceso de saltar desde alguna de las ramas del arte al arte total, a aquel que todo lo reúne y ofrece compactado. Emilio Sagi forma parte, indiscutiblemente, de este equipo, y ya solo por ese motivo su historia merece ser contada y su voz, escuchada; pero también por el hecho de que en España escasean las oportunidades formativas para quienes quieran dedicarse a esta profesión. Y por supuesto por aquello de que —y esto es más grave— no ha sido, por desgracia, frecuente que los intentos por documentar y preservar la labor artística hayan pasado mucho más allá de la primera o segunda fila de la platea.

En las páginas que siguen vamos a asistir a algo que parece y debe parecer tremendamente sencillo, pero que no lo es. Queda reflejado, por un lado, cómo se forja un oficio de forma racional y las trampas y retos (apasionantes) que van surgiendo en el camino, así como algo nuclear para los que nos dirigimos a un escenario y que no se enseña en ningún sitio: las dotes, la personalidad, la voluntad, la fuerza, la adición a la soledad bien entendida y la sensibilidad necesarias para dedicarse a este oficio. Todo esto queda articulado en tres movimientos más o menos explícitos, que espero que el lector ni siquiera perciba pero que, si quiere, le serán de utilidad para ver esta historia como un ensayo antes que como lo que es: un relato apasionado y apasionante. Los primeros capítulos están dedicados al establecimiento previo del espectáculo, a la preparación del director en todos los sentidos; los siguientes, a las experiencias y retos que da la práctica; y

los últimos, a la etapa de madurez creativa y a lo que depara a quienes logren encontrar lo más complicado, nuestro grial particular: su propia voz.

La frase que más veces ha pronunciado Sagi en estas conversaciones no está recogida en las páginas que siguen: «Pero ¿tú crees que dará para un libro?», para acabar refiriéndose a estas sesiones más como un acto artístico en sí —«Tú dirígeme y yo te cuento»— que como un ejercicio biográfico. La tarea de recuperación se ha hecho así tremendamente sencilla, en la medida en que sobre todo lo escrito ha primado la máxima de que la gente no viene al teatro (o a este libro) a descubrir vísceras sino a descalzarse y disfrutar. Ese ha sido el compromiso de escritura y el acuerdo gracias al cual acabamos por encontrar el enjundioso plato fuerte, materializado en unos cuantos descubrimientos sorprendentes y seguramente inesperados para el lector, pero también para nosotros mismos cuando nos embarcamos en este proceso.

Por todo ello, a partir de estas escuetas palabras a modo de introducción, uno se despide y escucha; el otro habla. A partir de este punto no hay más voz que la de Emilio Sagi y más amplificación (o distorsión, entiéndase) que la que han puesto la libreta y el bolígrafo. Disfruten del camino como lo hemos hecho nosotros y, por qué no, déjense sorprender. Déjense envenenar: Podrán arrepentirse de muchas cosas, pero de esa, jamás.

Alejandro Carantoña  
*Gijón, verano de 2014*